

regresó á sus montañas, donde se proclamó soberano independiente y fundó una nueva dinastía. Desde entonces hasta hoy hánse ocupado todos los soberanos del Afganistan en apoderarse poco á poco de la parte oriental de la Persia, y los usbecos y turcomanos no cesan, mientras la Rusia no lo impide, de practicar sus tradicionales excursiones de rapiña en el Corasan. En el extremo occidental los turcos se apoderaron de las comarcas fronterizas de la Armenia y en 1827 los rusos se quedaron con el Aderbidyan septentrional. El aspecto interior de la Persia es desde la muerte de Nadir mas lamentable si cabe que antes; y en materia de religion se pasó sin transición al extremo opuesto: la influencia del clero siita es hoy mas poderosa que nunca y paraliza frecuentemente la acción del gobierno civil, dificultada ya por las discordias entre las tribus turcomanas.

A la muerte de Nadir siguió un período de anarquía que duró trece años, durante el cual se disputaron el trono primero los hijos y nietos de Nadir Schah y despues los jefes de varias tribus, en particular las de los bahtiyaris, kadchares, sents y afchares, hasta que Kerim-Khan, jefe de los sents, logró en 1174 (1760) desembarazarse de todos sus rivales y sentarse en el trono. Su reinado, que duró hasta su muerte, ocurrida en el año 1193 (1779), no se distinguió por un vano brillo exterior, pero sí por su espíritu humanitario y de justicia, que pareció inaugurar una nueva era; pero apenas este soberano hubo cerrado los ojos para siempre estallaron nuevas discordias entre los miembros de su familia que originaron otro período de trece años de guerras intestinas, principalmente entre los descendientes de la dinastía send y Aga Mohammed, el jefe de la tribu kadchar. Este, con el auxilio de un visir traidor, obligó á Lutf Ali-Khan á abandonar en 1206 (1792) la ciudad de Chiraz, donde habia residido hasta entonces con su familia, y tres años despues apoderóse el infame Aga Mohammed de la persona de Lutf Ali por traición, no sin que este jóven, que solo contaba veinticinco años, hiciera honor á su fama de valiente en todo este tiempo de lucha tenaz. Una vez que Aga Mohammed le tuvo en su poder hizóle matar á fuerza de increíbles martirios para vengarse de un pariente de su víctima que le habia hecho castigar siendo niño todavía para cortar el vuelo á la poderosa tribu kadchar. Con Lutf Ali-Khan quedó extinguido el último rayo de esperanza del infortunado pueblo persa.

Los sucesores de Aga Mohammed de la dinastía kadchar, á saber, su sobrino Fatch Ali Schah, que reinó desde 1212 hasta 1249 (1798-1833), el nieto de éste, Mohammed Schah, que reinó desde 1249 hasta 1264 (1834-1848), y el hijo de éste, el schah actual Nasir ed-din, no se han portado mal para ser déspotas orientales, pero ninguno de ellos ha estado á suficiente altura para hacer cesar el empobrecimiento del país, la desorganización de la hacienda y la degeneración de la fuerza armada, y oponer un dique á la influencia invasora de la civilización europea. En frente de estos problemas aparecen los soberanos de Persia todavía mas impotentes que sus enemigos mortales y compañeros de desgracia los sultanes sunnitas de Turquía. Poco antes del año 1840 dió mucho que hablar en Persia un jóven llamado Ali Mohammed, natural de Chiraz, cuya virtud, purísima conducta y religiosidad eran objeto de general admiración. Corrió la voz que se ocupaba en descubrir y que en efecto iba descubriendo un sentido nuevo en la letra del Corán y de las tradiciones. El mismo se llamaba «Bab,» ó sea *puerta*, queriendo decir que su doctrina conducía al conocimiento verdadero de Dios. Esta doctrina resulta ser, segun se ve en los escritos que el nuevo profeta ha dejado, una especie de sofismo panteísta con un matiz especial de gnosticismo que á su vez tiene algo de comunista. Siglos atrás habian aparecido tambien varo-

nes santos predicando la moral elevada con tendencias místicas, segun hemos visto cuando contra el intolerante islamismo árabe se declaró el movimiento siita, y una cosa análoga habia sucedido tambien en época mas remota, cuando en tiempo de los sasanidas se derrumbó el carcomido culto de los magos ante el islamismo, lleno de vigor y entusiasmo. Esta tendencia al misticismo en épocas tan distantes entre sí, pero que presentan circunstancias análogas, permite creer que existe en el genio persa una necesidad religiosa no satisfecha, que abraza calurosamente las doctrinas nuevas, y cuando vuelve á sentir un nuevo desengaño se manifiesta del modo indicado, es decir, en un movimiento pietista. Bab opuso á la hipocresía oficial (pues entonces como hoy, á pesar de no creer ya nadie en las doctrinas siitas, era peligroso manifestar dudas públicamente con respecto de ellas) un pietismo místico que fué propagado por muchos y entusiastas adeptos á todas las provincias y fué acogido por el pueblo con gran ardor, especialmente en el Tabaristan y el Mazanderan. El clero levantó un gran clamoreo, y el gobierno, despues de mucho vacilar, tomó cartas en el asunto con mano desgraciada como siempre, promoviendo motines y sublevaciones armadas, que exacerbadas por el cambio de soberano en 1848 y el fusilamiento de Bab en 1849 no pudieron ser sofocadas sino con rios de sangre. Aun así no quedó restablecido el orden hasta el año 1852, y esto solo en apariencia, porque los concedores del país aseguran que la conducta levantada de Bab y de los otros muchísimos mártires de la misma causa ha aumentado considerablemente el número de los adeptos, por lo pronto secretos, y que los persas quebrantarán el dia menos pensado las ligaduras del formalismo religioso mecánico que aprisiona su espíritu y asombrarán todavia al mundo con su regeneración. Gran cosa seria ver á este pueblo, que siempre se ha distinguido de todos los del Oriente por su inteligencia activa y que mas que ningun otro ha producido grandes obras en el terreno de las bellas artes, las ciencias y las letras, oprimidas brutalmente durante larguísimos siglos, tomar una parte vigorosa en la marcha de la civilización moderna.

CAPITULO III

EL GRAN MOGOL

Mas de cuarenta millones de individuos profesan hoy en la India la religion de Mahoma, es decir, mas que la suma de habitantes de todos los demás grandes países mahometanos juntos, la Turquía, la Persia y los khanatos. La instrucción y actividad científica de la población mahometana de la India está, mediante la protección y el fomento del gobierno inglés, á una altura que deja muy atrás, segun nuestro modo de ver occidental y cristiano, todo lo mejor que el mahometismo produce, por regla general, en Constantinopla y en el Cairo. Por todo esto la sociedad mahometana de la India es un factor importantísimo del imperio británico; pero en los destinos del islamismo esta sociedad importante no ha ejercido mas que una influencia insignificante y casi nula. Las ideas y los productos de la inteligencia india se han extendido paso á paso á todos los países y muy especialmente á los del Oeste, y primero que todo á la Persia, como el mas vecino, donde han producido y fomentado movimientos de mucha magnitud; pero los resultados de la influencia del genio indio sobre el mundo mahometano se han limitado al territorio indio; no han pasado al Este del Indo, y á la verdad no son en realidad mas que imitaciones hábiles de modelos persas en las cuales no se encuentra la maravillosa originalidad del genio nacional indio. El poeta mahometano indio mas notable, el emir Khosran de Delhi, que vivió á

Los mausoleos ú oratorios sepulcrales constituían un objeto arquitectónico predilecto de los soberanos de la India. Estas construcciones se hicieron con el tiempo mas y mas grandiosas hasta adquirir las dimensiones de palacios imponentes, pero siempre de estilo gracioso, que resaltaba mas por estar estos edificios rodeados de grandes jardines. Allí solian celebrar Akbar y sus descendientes sus alegres festines, á pesar de ser el sitio que habia de recibir posteriormente sus despojos mortales.

El hecho de encontrarse solo en los monumentos arquitectónicos creaciones de carácter verdaderamente original de la civilizacion indio-mahometana se explica considerando que para realizarestas obras bastó la voluntad y el tesoro repleto de cualquier soberano aficionado á edificar, mientras que para crear obras originales en otros terrenos del arte habria sido menester una fusion y penetracion completas de los elementos mahometano é indio, y esta fusion jamás se ha verificado. Bajo el dominio extranjero de muchos siglos se han



Mezquita de Scheich Hamadan en Cachemira

adaptado millones de indios á la religion mahometana; pero este monoteísmo abstracto y enjuto jamás ha podido armonizarse con la índole fantástica del pueblo indio, que carece de la cualidad del persa de poder fingir graciosamente una fe que no tiene. Verdad es que la doctrina sunnita ortodoxa tampoco ha podido mantenerse en la India sin hacer algunas concesiones, aunque no sea sino para sostener la competencia con la doctrina siita, cuya tolerancia en materia de dogma y moral la hacia mas aceptable al pueblo en un clima como el indio. Los doctores mas rígidos del Corán han tenido que hacer en la India concesiones á las creencias y tradiciones populares, pues que los conquistadores mahometanos, comparados con la masa indígena y á pesar de las masas turcomanas, afganas, persas y chagatais que en diferentes ocasiones se derramaron sobre la India, se hallaron siempre en una minoría insignificante, y como nunca faltaron

entre ellos discordias, cada partido buscó la amistad del elemento indígena halagándolo por medio de concesiones que han embotado gradualmente el empuje y la energía iniciadora de esta religion de guerreros.

Así es que tanto los sunnitas como los siitas, que desde un principio han tenido adeptos y se han hecho la competencia en la India, han adoptado, probablemente ya en los primeros tiempos, las fiestas populares antiguas de los pueblos indios.

Sería tarea interesante investigar la influencia mútua que entre los conquistadores mahometanos y los vencidos indios ha mediado hasta llegar al estado actual de las cosas; pero este estudio no cabe en la presente obra, que solo tiene que presentar la historia del islamismo á grandes rasgos; y aunque el autor se hallara á la altura de emprender semejante trabajo, lo habria de dejar para una obra especial en la cual

principios del siglo XIV (el VIII de la égira), apenas se distingue en el estilo y contenido de sus obras de sus correligionarios contemporáneos del otro lado del Indo. Hasta el idioma de que se sirvió era el persa, que se fué haciendo el idioma de la literatura y de todas las cortes mahometanas de la India. En el trascurso del tiempo formóse el indostánico, llamado también *urdu*, que significa campamento, porque en los campamentos nació de la mezcla de guerreros de diferente nacionalidad, en especial de la india, turcomana y persa; pero este nuevo idioma tardó mucho en servir para obras literarias y ha conservado siempre un puesto humilde

al lado de la lengua persa, aunque ésta se ha apropiado en la India algunos provincialismos. Unicamente en la arquitectura ha mostrado el mahometismo indio su genio, creando obras grandiosas y casi sin rival en el mundo mahometano á consecuencia de la afición á la arquitectura monumental de todos los conquistadores tártaros y turcos y de los artistas consumados que éstos encontraron en el país, á los cuales se agregaron despues también artistas europeos. Los monumentos que erigieron estos soberanos no solamente tienen un carácter originalísimo, en extremo notable, y prueban una fecundidad artística inagotable, sino que son en su

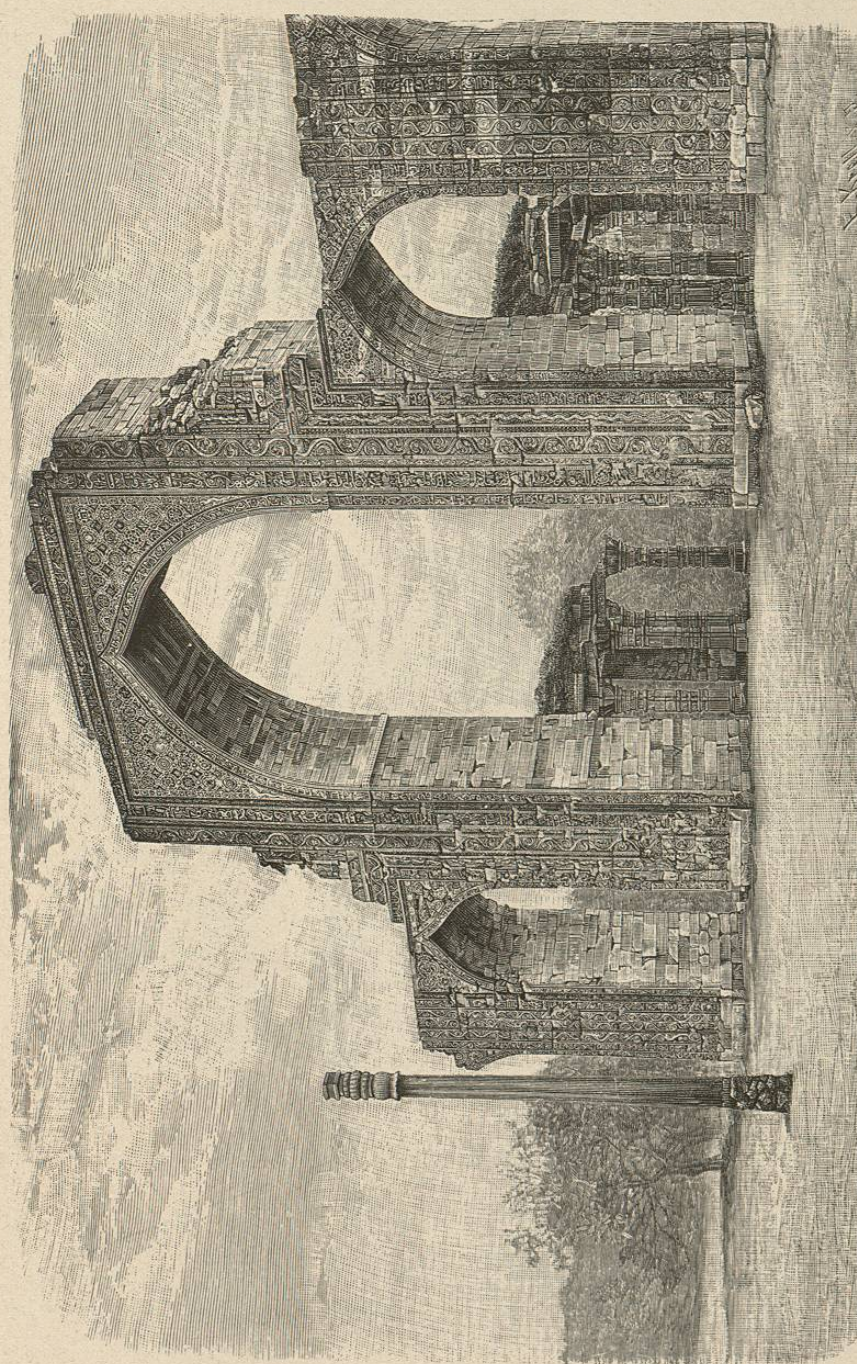


Retrato de Nadir (de una pintura persa)

mayor parte modelos de verdadera belleza y grandiosidad. El plan de esta obra solo permite dar al lector una idea del carácter del arte arquitectónico indio-mahometano por medio de unos cuantos grabados intercalados en el texto, y del desarrollo de este arte con algunos datos principales. Las primeras construcciones de esta clase, mezquitas, palacios y capillas sepulcrales, solo presentan estilos indios adaptados á las necesidades de los monumentos mahometanos y á los caprichos de los príncipes que las hicieron levantar. Prescindiendo de las inscripciones y otras particularidades propias de la vida mahometana, las salas de columnas y los sepulcros de los primeros reyes-esclavos ofrecen el carácter puramente indio; los arcos apuntados moriscos muy paulatinamente penetran en ciertas comarcas, como en Gudzerat, y solo como elemento accesorio, entre las vigas de piedra. En otras partes, particularmente en Delhi, adquirió este elemento característico muy temprano gran importancia. En todas partes exige la mezquita por su índole tradicional una plaza rodeada de arcadas con el templo ú oratorio en uno de sus lados; esta plaza, por sus dimensiones anchurosas y la ornamentación que admite, ofreció un vasto campo á la fantasía

india, que se encariñó ávidamente con las inscripciones como elemento de ornamentación y con los minaretes. Las combinaciones de motivos mahometanos é indios se presentan mas sorprendentes, aunque no siempre muy correctas, en los monumentos de Akbar, cuyos constructores parecen haberse propuesto en la arquitectura como en todo lo demás hacer desaparecer las particularidades nacionales y religiosas con creaciones nuevas superiores á los elementos componentes primitivos. Siguiendo este propósito, han logrado la resolución de uno de los problemas arquitectónicos mas difíciles mejor que en parte alguna, como dice Fergusson, el mejor conocedor de esta arquitectura (1), á saber: puertas gigantes correspondientes á las demás dimensiones del monumento sin que la abertura colosal destruya la armonía del conjunto. Este inconveniente anti-estético é insoportable se ha evitado construyendo la entrada gigantesca en forma de peristilo, independientemente del cual puertas de dimensiones moderadas conducen al interior.

(1) J. Fergusson: *History of Indian and Eastern Architecture*, Londres, 1876, págs. 580 y siguientes.



Arco y columna en Delhi